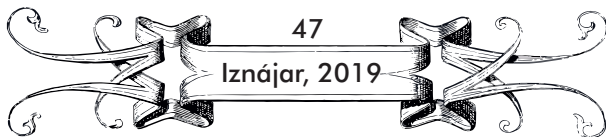




**LA MUJER ASOMADA
A LA VENTANA**

Claudia Van der Pool Aba



LA MUJER ASOMADA A LA VENTANA

CLAUDIA VAN DER POOL ABA

47

—

2019

3

La mujer asomada a la ventana

*Imprime: Publicidad El Castillo
C/ Puerta del Rey, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com*

Depósito legal: CO-829/2019

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2019
Categoría Infantil
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
Paqui Ramírez Díaz
Manoli Díaz Lazo

Era un día cualquiera en la vida de Ángela, una universitaria de 19 años que estaba estudiando medicina en Madrid. Esa mañana de sábado, decidió hacer una visita cultural al Museo Reina Sofía. Se vistió con unos vaqueros blancos con un parche roto en la rodilla izquierda, un ancho jersey gris y unas botas negras con un poco de pelo en la parte de los tobillos.

Al entrar en el museo, fue directamente a la planta dos, para contemplar su cuadro favorito. Antes de centrarse en la belleza de ese lienzo, se puso sus gafas y sintió un punzante dolor en la cabeza que era inexplicable e incluso le hizo cerrar los

ojos. Al abrirlos y conseguir centrar la vista, no sabía exactamente donde se encontraba.

Estaba en la orilla de una playa rodeada de casas con apariencia antigua. Era un día soleado en la playa misteriosa en la que se encontraba Ángela, por tanto, se quitó el jersey gris que llevaba puesto y expuso su camiseta blanca de tirantes.

Lo único que reconocía de ese paisaje eran las casas blancas que había alrededor de esa playa, lo cual le dio la idea de que probablemente se encontrara en un típico pueblo mediterráneo.

Ángela, ansiosa por saber en qué lugar se encontraba, se acercó a un hombre y le preguntó: Disculpe Señor, ¿sabe usted en que pueblo nos encontramos?.

El señor, desconcertado, le respondió: señorita, usted se encuentra en la playa

de Es Llaner, ahora le pregunto yo, ¿ha tomado usted algún tipo de medicina en gran cantidad?.

Ángela, ofendida, le respondió: ¡no señor!, no se preocupe. Debe usted saber que soy una universitaria bastante despistada.

Esto último pareció sorprender al hombre, puesto que dijo: eso quiere decir que es usted una de las 131 mujeres afortunadas que han conseguido ser matriculadas en la carrera de medicina.

Ángela pensó que lo que el hombre acababa de decir era inusual. Se quedó sin palabras y estupefacta. ¿De qué estaba hablando ese hombre, si el 50% de los estudiantes en medicina de hoy en día, son mujeres? Luego, pensó y, asustada, preguntó: perdone señor, ¿puede usted decirme en qué año estamos?.

El hombre le respondió: en 1925, ¿por qué?, la muchacha, se quedó boquiabierta al escuchar la respuesta a su pregunta.

Hace un momento, ella estaba observando su cuadro favorito, y ahora había retrocedido 94 años en la historia y había recorrido más de quinientos kilómetros en un abrir y cerrar de ojos.

Recapacitó y recapacitó, pero no logró encontrar ninguna explicación a lo que le acababa de ocurrir. Lo único que podía tener un remoto sentido, era alguna relación entre el cuadro que estaba observando, al lugar y año en el que se encontraba. Hizo memoria del tour turístico que hizo la primera vez que visitó el Museo Reina Sofía y logró encontrar la explicación más cercana a lo que estaba ocurriendo en ese mismo instante. Recordó que el guía les había explicado que el cuadro había sido

pintado en el año 1925 en Girona, más concretamente, en Cadaqués. También recordó que el paisaje fue inspirado en la playa de Es Llaner, que era donde se situaba ahora mismo.

Por muy loca que fuera la idea, era lo único que tenía sentido. Ángela volvió a poner los pies en la tierra y se dio cuenta de que el hombre seguía frente a ella y la estaba mirando muy fijamente.

Finalmente, la madrileña se hizo la loca y le preguntó: a todo esto, ¿usted cómo se llama?

El hombre, sonriente, le contestó: Mi nombre es Sebastiá Orri Hugas. Te preguntarás porqué hablo castellano y no catalán, esto se debe a que me parece inteligente saber varios dialectos nacionales. No tiene mayor explicación. Y ahora, si no le importa, me gustaría saber su nombre.

Ángela, dijo amablemente: me llamo Ángela señor. Hablo castellano porque ese es mi dialecto, y como ha dicho usted, no hay mayor explicación.

Sebastiá preguntó curioso: ¿y qué hace, una mujercita como usted, en Cadaqués?

Ángela pensó en la mentira que le iba a decir al hombre y finalmente dijo: veraneo aquí con mi familia, mi abuelo nació aquí, en Cadaqués.

El hombre no tenía ninguna otra pregunta y decidió guiar a la madrileña a una gran iglesia que resaltaba entre todas las otras casas. Mientras andaban, Ángela le preguntó a Sebastiá: ¿usted a que se dedica?

El hombre, respondió ilusionado: he sido el primer hombre en ejercer el título de Practicante de Medicina, por lo tanto, soy médico. Tengo una mujer y tres encantado-

res hijos. También tengo un hermano, que se llama Pau.

Siguieron caminando y Ángela recordó una conversación que había tenido con un compañero suyo sobre ese hombre, el que estaba a pocos centímetros suya. Fue el fundador del primer Colegio de Enfermería en Girona, lo cual le pareció bastante sorprendente.

Entraron en aquella iglesia y Sebastián dijo: personalmente, esta parroquia, la de Cadaqués, es uno de los mejores sitios de Girona. Me resulta preciosa y un buen lugar para conectarse con uno mismo. ¿A ti que te parece?

La muchacha contestó: es muy bonita. Simple y preciso, Ángela dijo lo primero que le salió de su boca.

Sebastián se dirigió hacia uno de los bancos que había frente al altar, se arrodilló

y se puso en posición de rezar. Ángela, sin saber lo que hacer, repitió las acciones que el hombre había hecho.

Tras unos largos cinco minutos de oración para él y puro teatro religioso para ella, los dos conocidos salieron de la parroquia y Sebastián dijo: ha llegado la hora de despedirnos, ha sido un placer conocerla señorita Ángela, espero volverla a ver muy pronto. Le tendió la mano y ella, educadamente, le tendió la suya. Sebastián siguió su camino y Ángela se quedó en la puerta de la parroquia sin saber a dónde dirigirse, hasta que con un hombre con un bigote bastante inusual, se chocó cabeza con cabeza, al estar, el hombre, más centrado en los papeles que llevaba encima que el camino que estaba siguiendo y los obstáculos que había en él.

El hombre levantó la mirada y dijo rápidamente: cuanto lo siento señorita, no pretendía hacerle daño, ¿le duele mucho?

Ángela sintió una fuerte punzada en la frente, pasó su mano sobre ella y notó un gran bulto en la parte superior derecha. Rápidamente contestó: Sí, no se preocupe, ¿y usted, está bien, se ha hecho daño en alguna parte?

El hombre, aliviado, contestó: no, estoy tan bien como se puede estar. Sin embargo, usted me tiene que dejar compensarle por el daño que le he hecho. ¿Quiere que la invite a comer un gran manjar de Cadaqués? La muchacha, al fijar su mirada en él, pensó haberlo visto anteriormente y aceptó su invitación.

Los dos caminaron hasta llegar a una casa tan cerca de la orilla que fácilmente te podías precipitar por la ventana y caer

al agua. Entraron en la casa y subieron varios tramos de escalones hasta llegar a una sala con una estantería enorme. Se sentaron en una mesa que había en el centro de ese salón y una adolescente que acababa de bajar las escaleras, saludó felizmente al hombre.

Cortésmente, la niña se presentó diciendo: hola señorita, soy Ana María y supongo que pasará la noche aquí.

El hombre se acopló en la conversación diciendo: eso era justamente lo que le iba a preguntar a nuestra invitada Ana.

Los dos miraron a Ángela esperando una respuesta y la universitaria, sin saber qué decir, aceptó el ofrecimiento.

Los tres se volvieron a sentar en la mesa sin decir nada, hasta que Ana dijo: bueno, ¿cómo se llama usted señorita? La madrileña se presentó y sonrió a las dos

personas con las que estaba sentada en la mesa.

El muchacho, dijo dirigiéndose a Ángela: le gustará saber, que mi hermana hace de modelo para mis pinturas. Estoy haciendo una serie de 12 cuadros y estoy a punto de terminar un retrato que está en la sala de al lado, ¿querría ver mi progreso?

Ángela, rápidamente asintió, y los tres, subieron el tramo de escalera hasta entrar en una sala con una ventana por la que se podía observar un paisaje un tanto reconocible.

El aparentemente pintor, se dirigió hacia un caballete con un lienzo maravilloso, espectacular y realmente reconocible. La expresión en el rostro de Ángela lo decía todo. Se quedó boquiabierta, sin palabras y con la mente en blanco. No sabía que decir o cómo reaccionar. El cuadro que acababa

de tener el placer de mirar, era el cuadro que estaba observando en el Museo Reina Sofía, ese cuadro era el de la muchacha en la ventana. Volvió a sentir el mismo dolor punzante en la cabeza que había sentido en el museo, parecía que el cerebro le iba a explotar, que los engranajes de sus órganos funcionaban a mil por hora. Ese dolor que anteriormente había sentido, le volvió a obligar a cerrar sus ojos. Al abrirlos volvía a estar en frente de ese cuadro, en el que en la esquina inferior derecha estaba escrito el nombre de Salvador Dalí.

